

e. haro tecglen

utilizan con mayor frecuencia —incluso superando la condición de excepcionalidad— es Suiza, con resultados óptimos; muchas veces se atribuye al carácter suizo, pero este psicologismo es irreal; su éxito se debe sobre todo a la pulcritud y la honestidad con que suelen plantearse.

La pregunta que Pompidou va a dirigir a la nación francesa no está, hasta ahora, formulada y, por lo tanto, no se puede juzgar. La mayor parte de las críticas al referéndum se dirigen contra el principio en sí, contra la confusión que va a establecerse entre la aprobación a la política general presidencial, en un momento en que está muy discutida, y la voluntad francesa de la construcción de Europa. En política internacional tiene otras repercusiones. Una es el posible sentimiento de humillación de Gran Bretaña, que, después de adquirida larga y dolorosamente su entrada en el Mercado Común y aceptada por los más altos organismos europeos, debe esperar para ello el consenso del pueblo francés por esta vía, precisamente una vía que la democracia británica ha considerado siempre como no válida y que tiene prohibida por el conjunto de tradiciones y principios que forman su constitución (no escrita). La entrevista de este fin de semana entre Pompidou y Heath en los Chequers (la residencia campestre del primer ministro británico) tiende a limar las asperezas que pueden haber surgido por esta cuestión. Al mismo tiempo, este referéndum establece un principio, un precedente, considerablemente inquietante. ¿Tendrán otros países que optan al Mercado Común que someterse al referéndum del pueblo francés? ¿Se extenderá esta costumbre y los aspirantes tendrán que esperar los referéndums —con todas sus impurezas, repitámoslo, con todas sus preguntas silenciosas y todas sus implicaciones de otros temas— de los diez países —cuando sean diez— de la Comunidad? ¿Tratará Francia por este medio de adquirir la hegemonía tan buscada —y ahora disputada por Gran Bretaña y por la República Federal de Alemania— en la creación y constitución de Europa?

TODAS estas preguntas tienen respuestas sospechosas y dudosas, hasta el punto de que un periódico francés ha definido el referéndum como «un monumento de habilidad, de astucia y de mañosidad del último grande de los politicistas que gobiernan el Viejo Continente». Los juicios emitidos por los políticos de la oposición y de los sindicatos son más duros aún, más acusadores.

SIN embargo, el monumento se va a erigir, Pompidou va a ganar su referéndum por una mayoría seguramente sólida, su posición va a afianzarse dentro del país y en la Comunidad Europea va a aparecer como un político respaldado —al menos, en el gran tema europeo— por su pueblo, cuando Heath ha conseguido hacer pasar difícilmente el europeísmo en medio de dificultades considerables, cuando Willy Brandt está pasando sudores de muerte con su escasa mayoría parlamentaria, cuando Italia sufre una profunda crisis política, con un Gobierno transitorio hasta que las elecciones generales decidan una nueva mayoría parlamentaria; cuando los otros países de la Comunidad son demasiado pequeños para optar a la hegemonía. Es decir, que en el momento en que Francia parezca abrirse generosamente para acoger a Inglaterra en el Mercado Común, en realidad estará disminuyendo su papel dentro de él.

¿ES posible que Pompidou pierda su referéndum? La oposición de izquierdas va a hacer todo lo posible —lo está haciendo ya—, aunque sepa que tiene pocas probabilidades en el terreno en que el Presidente ha planteado la lucha y en el que va a recibir todas las adhesiones de la llamada «mayoría silenciosa», de los apolíticos, de todos los grupos nacionalistas, de los europeístas en general. La campaña previa se presenta con dificultades para la izquierda desunida y enfrentada entre sí; si tuviera finalmente una posición hábil, inteligente, explicativa, no tónica, quizá pudiera esta oposición derrotar a Pompidou. ¿Qué pasaría entonces con Europa? Se vendría abajo todo el lento y laborioso montaje. Pompidou tendría que dimitir, se abriría un período electoral en Francia para la presidencia, de cuyo resultado dependerían nuevas elecciones generales para la Asamblea. Y durante todo ese tiempo, Europa quedaría paralizada. Estas son las perspectivas que Pompidou plantea sin decir las —ya las dirá, por sí o por sus portavoces, más adelante— para quienes voten no. La técnica tan degolista de «Yo o el caos» se ha abierto una vez más, con todas sus características, incluso la de que el propio poder organice el caos como única salida de alternativa a su permanencia. La manobra es enormemente hábil y todos los pronósticos indican que será fructífera para quien la ha planeado.

La Capilla Sixtina

¿QUIEN ES SIXTO CAMARA?

Una amable comunicante (las comunicantes siempre suelen ser amables, cosa muy distinta podría decir de los comunicantes) me pregunta quién es Sixto Cámara. Ha leído en cierto diario que Sixto Cámara no es Sixto Cámara, sino otro habitual colaborador de TRIUNFO. Nada más improbable. Porque, naturalmente, Sixto Cámara soy yo. Ahora bien, no se me oculta que es una respuesta insuficiente. La amable comunicante me pregunta, además: «¿Sixto Cámara es un socialista utópico? ¿Un socialista real? ¿Un socialista real?». Yo no entiendo lo que quiere decir utópico, real y real en 1972; es más, creo que son adjetivos sin sentido.

La amable comunicante me pide, además, que clarifique la relación que hay entre Sixto Cámara y Capilla Sixtina. ¿Un mero juego de palabras? ¿Una complicada declaración de territorialidad?

Vayamos por partes. Sixto Cámara, es decir, un servidor, nació en Milagro en 1925. Empezó, es decir, empecé, a colaborar en periodismo en 1942. En 1946 tuve la suerte de conocer a Fernando Garrido, y en mis discusiones con Fernandito llegué a su misma conclusión: el pleito entre progresistas y conservadores era una broma y la evolución política de España iba a padecer la contradicción entre una formalización política que intentaba resolver el pleito burguesía-viejo orden, mientras por debajo ya empezaba a crecer y organizarse la clase obrera.

En 1949 fundé un diario, *La reforma económica*; pero como Fernando tenía un diario casi idéntico ideológicamente al mío, fusionamos *La reforma y El amigo del pueblo* y parimos *La asociación*. Por entonces yo empecé a relacionarme con un catalán majísimo que se llamaba Pi y Margall. Las ideas de Pi y Margall en 1850 eran la utopía que habríamos necesitado como realidad en 1890 y que aún tenemos en cuarentena en 1972. Pero bueno, aparte de mí el cáliz y digo que en 1951 fundé, con Pi, *La tribuna del pueblo*. Omito las persecuciones y las represiones que padecí en este período; no quiero alimentar el apetito bestial de los que piden que me defina. Durante el bienio progresista (1954-1956) dirigí *La soberanía nacional*. Según el historiador que me ha historificado en la versión española del Larousse ilustra: «... desde cuyas páginas (las de *La soberanía nacional*) combatió al Gobierno, que desvirtuaba la revolución al darle un carácter meramente político».

En 1956 traté de organizar en Andalucía la resistencia contra el gol-

pista O'Donnell. Pero, como muy bien dicen los libros, fracasé. Me dejaron volver en 1959. Nadie había cambiado, ni los que me habían dejado volver ni yo. Tuve que marchar de nuevo y, según esos libros, morí en Olivenza cuando intentaba cruzar la frontera de Portugal. Ha habido mucho misterio sobre aquella muerte. ¿Atentado político? Pues si he de ser sincero, aún no lo sé. Según pude saber cuando desperté de nuevo a la vida en 1971, me recogieron unas monjitas marciales que habían bajado en su platillo volante sobre Olivenza. (En Marte son famosísimas las naranjas de Olivenza.) Retozaban por el campo cuando me vieron malherido, desesperadamente malherido. Las monjitas me sometieron a un procedimiento de hibernación a base de limonada con hielo (con mucho hielo) y a una batidora-humana manual que siempre llevan para estos casos.

Volví a la vida en un piso de Argüelles y, nada más salir a la calle, un impulso secreto me condujo hasta las puertas de TRIUNFO.

—¿Quién es usted? —me preguntó Víctor Márquez, sin levantar la vista de su mesa de redactor jefe.

—Sixto Sáenz de la Cámara, para servirle.

—Firme Sixto Cámara, es más corto.

Y así volví a la luz. En cuanto a lo de la Capilla Sixtina, me pareció que la espléndida confusión temática y estilística que encontré más allá del portal de mi casa cuando resucité un día de enero de 1971. La Capilla Sixtina es un territorio donde se ha hecho unidad la cultura plástica de dos siglos, el XIV y el XV. Además, la Capilla Sixtina fue en su tiempo una obra polémica, contradictoria. Le valió a Miguel Ángel (pintor de su bóveda) impensadas acusaciones de demagogo (según el Papa Julio II no había dado toques de oro ni vivos colores a los patriarcas y profetas) y de obsceno. Lo más curioso es que la acusación de obscenidad le viniera de El Aretino: «Yo escribo, es cierto, las cosas más impúdicas y lascivas, pero con palabras veladas y decentes, mientras que vos tratáis un asunto religioso tan elevado sin ninguna vestidura, ángeles y santos como desnudos mortales...».

Ángeles y santos, diablos y ase-sinos, desnudos mortales. Me pericé un programa sugestivo. Digno de una modesta, aproximada, secular, nueva Capilla Sixtina.

SIXTO CAMARA